

para desembarazarles de todo ese modesto material de guerra que los viajeros acostumbran a llevar por este país. Todo eso no se hace hoy porque el *kiaiah* está muy ocupado. De todas maneras, aconsejo a los señores que no conserven encima ningún arma. ¡Hay pena de la vida!

—¡No tenga cuidado, no!—exclamó La Candeur—. Pero ¿ni tan siquiera podré conservar esto?

Y sacó una especie de cortaplumas provisto, aunque era pequeño, de todo lo necesario para mondarse los dientes, pulirse las uñas y descorchar botellas.

El enorme albanés examinó curiosamente el artefacto, sacó todas sus hojas y, finalmente, se lo guardó.

—¡Pero si es un cortaplumas de bolsillo!—exclamó el pobre La Candeur.

—Sin duda por eso—explicó Priski—se lo ha metido el albanés en el suyo...

El géometra más hábil hubiera experimentado bastante dificultad para establecer la planta de aquel amontonamiento de construcciones llamado la *Karakulé*. Como la parte alta de la roca tenía marcada inclinación de Sur a Norte, las construcciones trepaban unas sobre otras de manera que lo que por una parte era, por ejemplo, primer piso, estaba por detrás a ras del suelo.

Así es que todas las partes del recinto atravesadas por los jóvenes comunicaban entre sí por escaleras y bóvedas interminables. Pero también estaban separadas por muros almenados que hacían de cada una de aquellas construcciones un reducto o fortaleza que, llegado el caso, se tendría que tomar con independencia de los demás.

—¡Caballeros!—dijo Priski—. ¡Les dejo en manos de nuestro *kaimakan!* (1)

(1) Especie de «segundo del pachá».

CAPÍTULO IX

KARA-SELIM

DESDE que Priski les paseaba por aquellos muros inverosímiles, pensaba Rouletabille: «¿Dónde está Ivana?» Pero no se atrevía a preguntar a Priski el emplazamiento del harén. Al atravesar el patio del torreón no vió a Atanasio, que estaría ya husmeando por todas partes. Realmente, no tenían tiempo que perder. Era preciso que Ivana fuera salvada aquella misma noche, porque no había duda de que las bodas que iban a celebrarse eran las de Ivana.

Eso estaba pensando Rouletabille cuando Priski, el curioso mayordomo del bajá negro, le anunció el *kaimakan*.

Levantó la vista y hubo de retroceder.

En el personaje que les esperaba en el umbral de una galería iluminada por lámparas, acababa de reconocer a Stefo el Dálmata.

Si: era su corpachón destartalado; su rostro flaco con su larga nariz, sus penetrantes ojos grises y una barba que parecía copiada de la *Comunión de San Jerónimo*, si no fuera porque la de Stefo era de un negro de jade...

Rouletabille se representó en seguida al miserable en las escenas nocturnas de casa de Vilitchkov, con el gran sable ensangrentado en la mano, persiguiendo a Ivana con gritos de muerte!

Y como quiera que el repórter permaneciese un poco sorprendido, sin obedecer inmediatamente al gesto que le mandaba avanzar, Stefo el Dálmata tuvo un relampagueo en sus ojos grises y un temblor de cólera en su orgulloso corpachón.

Pero no tardó en reprimirse, para decir intentando una sonrisa:

—*Buyurunus!* (1).

—Nos ruega que le sigamos—dijo Vladimir empujando a Rouletabille y arrastrando a La Candeur.

Rouletabille se fijaba en todos los puntos salientes del nocturno itinerario por el formidable palacio e incrustaba en su cabeza el recuerdo geométrico de pasos y patios.

Ahora iban por una especie de claustro, bajo cuyas arquerías extendíase una soldadesca algo más presentable que la que habían visto.

Por lo visto, en la *Karakulé* había una fuerte guarnición de gente armada hasta los dientes.

La mayoría eran kurdos reclutados en Anatolia, sólo Alah sabía a costa de cuánto abuso. Los otros representaban cuando menos cinco o seis razas diferentes. Había lazos rechonchos, vestidos de burriel blanco; cherkeros con gorro de piel, y desde negros árabes hasta turcos de la llanura, con largas vestimentas.

Producían una impresión menos desagradable que los pomaks del deslunado. Y dormían, fumaban sus pipas o estaban sentados en torno a marmitas de arroz.

(1) Se lo ruego.

La Candeur no quitaba ojo a su gran «caimán» que les precedía, jugando, por cierto, con el mango del puñal. Aunque el mayordomo no había contado cosas extraordinariamente alegres, La Candeur prefería a Priski, ya que, al menos, carecía de puñal.

Así llegaron al selamlík, es decir, al departamento en que Kara Selim recibía a los hombres. En Oriente el selamlík es lo opuesto al harén, ya que éste se reserva únicamente a las mujeres, a los eunucos y al amo de la casa.

Luego de atravesar un rico vestíbulo cuyas paredes estaban decoradas con cerámica, que brillaba como un espejo al resplandor de las antorchas sostenidas por esclavos negros que, dada su inmovilidad, parecían estatuas, penetraron en un vasto salón, donde había ya bastante gente. Aquella gente, formada por los principales oficiales y funcionarios del palacio y sus alrededores, estaba sentada en cuclillas en el fondo de un inmenso diván que daba la vuelta a la estancia, cuyas paredes ostentaban los más ricos tapices. En el centro ardían dos braseros repartiendo suave calor. Y en los pebeteros se consumían los perfumes.

En el fondo, sobre cojines que formaban una especie de trono, y bajo un dosel del que caían telas suntuosas, había un hombre completamente vestido de negro. Era Gaulow.

Rouletabille no lo reconoció a primera vista. Su cara tosca no presentaba nada de aquella funesta ferocidad que había espantado al repórter en casa de Vilitchkov.

El aspecto terrible de aquella cabeza de animal borracho de sangre, había desaparecido. Y las facciones, aunque indudablemente continuaban severas, eran tan inteligentes, tan apacibles, tan bellas!... Gaulow, sí, era bello.

Tenía una talla mediana y proporcionada; su torso encerrado en una especie de jubón de seda, no era el de un atleta, pero enseñaba líneas sólidas y armoniosas; su cuello se destacaba con blanca desnudez de toda la negrura para sostener con orgullo la cabeza de correcto perfil, de mandíbula algo pronunciada, pero con la línea superciliar idealmente horizontal bajo la frente ancha, aunque pareciera estrecha a causa de los cabellos que, cortados y llevados hacia delante, formaban una diadema negra y libre. No se tocaba con nada más. Ni llevaba fez ni turbante. Sus vestidos no eran los de un oriental, excepto una levita de largos pliegues, sobre la cual estaba sentado, y que era negra como lo demás. Sus piernas admirables estaban enfundadas en calzones de seda negra. Del negro cinturón colgaban armas de una riqueza deslumbradora. Aquel monstruo, en fin, tenía una belleza noble e inteligente. Sus movimientos dejaban entrever un vigor nervioso y ágil, como el de las panteras domesticadas que la mitología helénica daba por cabalgaduras a los compañeros de Baco.

Con cierta negligencia, fumando su *chibuk*, cuya magnífica boquilla de ámbar le llenaba la boca, vió acercarse a los jóvenes.

Rouletabille, que quería atraerse las simpatías del dueño, recordó los usos de la corte del sultán de Marruecos, con quien tuvo una *interview* cuando estuvo en Fez. Y como si hubiera estado frente a *Sidua*, detúvose tres veces e inició tres veces una reverencia.

Kara-Selim, mientras miraba al repórter, sonreía y hablaba con sus adláteres. Uno de ellos era el *kiaiah* (el intendente). Y Rouletabille supuso que estaría discutiendo con él acerca de la cantidad que iba a exigirles por el rescate. El otro parecía una especie de eclesiástico; lle-

vaba el hábito de los *mellahs* y debía ejercer para con el pachá negro las dobles funciones de capellán y de consejero; su aire era de muy inteligente y fino; representaría en la *Karakulé* las ciencias y las artes. Como hablaba francés, preguntó a los jóvenes si venían de Sofía.

Rouletabille contestó que forzosamente habían pasado por Sofía, pero que no se habían detenido allí. Kara-Selim les preguntó si era verdad que estaba a punto de estallar la guerra, según los turcos decían, y cuál era su opinión del asunto. Finalmente les hizo preguntas que demostraban o querían demostrar una completa ignorancia de la situación diplomática. Pero Rouletabille no se dejó coger en el cepo. ¿Ya desconfiaba el pachá negro? ¿Había descubierto los documentos de la arqueta bizantina? ¿Sospechaba que aquellos jóvenes andaban tras la pista de dichos documentos y, por tanto, de Ivana?

¡Ivana!... ¿Dónde estaba? ¿En dónde la habían encerrado? ¿En qué lejana habitación de aquel prodigioso castillo gemía esperando el suplicio de la ceremonia del siguiente día?

Todavía pensaba en ella, cuando se oyeron voces femeninas, risas de cristal, una charlatanería que apenas se procuraba ahogar.

Aquellos agradables rumores procedían de amplias galerías practicadas en la parte más elevada de los muros de aquel salón: galerías adornadas con almocárabes y celosías de hierro dorado, tras las cuales podían las mujeres de Kara-Selim andar libremente con el rostro descubierto, porque no temían la mirada de los hombres. Y desde allí asistían a las fiestas del *selamlík*.

En todo el mundo musulmán no hay *selamlík* que no posea estas galerías. Rouletabille, que en Tánger había sido recibido por el *manebbi* y que con este noble señor

había comido los dulces de rosa, estaba ya al corriente de esta particularidad y sabía que no había que mirar a las galerías ni prestar ninguna atención a la presencia de mujeres tras las doradas verjas.

Así es que no se volvió, a pesar de que se preguntaba con angustia si Ivana estaría entre aquellas mujeres a las que oía, y a pesar de que tenía un gran interés en que le viera. Vladimir, muy enterado también, permaneció impasible. Pero La Candeur, como era natural, se volvió y miró muy ostensiblemente hacia arriba, hacia los palcos.

Al momento cesaron todas las conversaciones del salón y acalláronse las risas tras las misteriosas celosías. Pesado silencio se desplomó sobre todos. El único que no comprendió nada fué La Candeur. Pero no tardó mucho en darse cuenta de que, sin saberlo, había metido la pata de una manera lamentable, porque el pachá negro le lanzó una mirada fulminante y mandó secamente a Stefo el Dálmata que llevara a los jóvenes junto a la pared, en un rincón del diván, sobre el que La Candeur se dejó caer más muerto que vivo.

Volvieron a sonar risas en las galerías.

—No vuelvas a mirar—le gritó Rouletabille.

El desventurado, comprendiendo de qué delito se había hecho reo, volvió enérgicamente la cabeza hacia la parte opuesta a aquella de que procedían las risas femeninas. Para quien entra por primera vez en un serrallo verdaderamente digno de este nombre, es decir, en uno de esos magníficos palacios de los príncipes osmanlies, no hay nada más incitante y enojoso que ese murmullo que procede de un lugar ignorado y que parece burlarse de uno.

Mientras tanto, sirvieron la comida. El salón fué invadido por multitud de servidores. Y Rouletabille se alegró

al ver de nuevo a Priski, que daba órdenes para que acercasen argentinos platos a los jóvenes.

—Kara-Selim está furioso—le dijo Rouletabille—. Mi amigo ha mirado hacia las galerías.

—¡Bah! Le perdonará, si paga bien—contestó Priski.

—¡Ah! Pues que no padezca por eso. ¡Es sobrino de Rothschild!

—¿De veras?

Priski no dejó de aprovechar la ocasión, relacionándola con el hecho de haber sabido adivinar que «el señor La Candeur» era muy complaciente...

—¡Comprenda, *effendi!*—dijo con la sonrisa de quien está al cabo de la calle—. ¡A mí no se me da con queso!... ¡Esto y demasiado tiempo en el oficio!... Y al primer vistazo, veo con quién trato... En el señor he conocido inmediatamente que era «un cliente serio»... Claro está que quienes lo son no lo confiesan, porque quisieran pasar desapercibidos. Pero vamos de pilló a pilló... Y lo que ocurre es que pierden el tiempo.

En el mismo tono hubiera continuado Priski largo rato, si Rouletabille no le hubiera interrumpido para hacerle, como al *desgaire*, esta pregunta:

—Oiga..., ¿de dónde procede esa nueva esposa de que tanto se habla?

—Únicamente Kara-Selim puede contestar a eso. Corre el rumor de que la trajo en el último viaje a Bulgaria. ¡Está loco por ella!...

—¿Y se sabe si ella acepta su suerte con la misma alegría?

—Eso dicen. Esta misma mañana me ha asegurado el primer eunuco que formarán una pareja encantadora.

—¿Hace mucho tiempo que han llegado los novios a la *Karakulé*?

—Llegaron anteayer... Por cierto que antes de ahora apenas hemos visto a nuestro querido señor. Estaba continuamente con Ivana Hanoum, cortejándola, como es de suponer...

El repórter, al oír el nombre de Ivana, palideció.

—Yo creía—replicó—que un musulmán no podía hablar con su esposa ni verla antes de la noche de bodas.

—Eso es exacto, si se trata de una musulmana; pero el señor ignora que en el presente caso la futura esposa es cristiana. Los preliminares se hacen a la manera cristiana, lo cual no impedirá que el matrimonio se celebre al modo musulmán. Así es que tanto el señor como los nobles invitados de mi amo, podrán, sin que por ello arriesguen la cabeza, contemplar dentro de poco a Ivana Hanoum, ya que esta noche sólo se celebrarán los esponsales.

—¡Es verdad!... ¡Va a venir ella aquí!...—exclamó Rouletabille con voz sorda, procurando dominar el tumulto de sentimientos contradictorios que se disputaban su pobre alma inquieta...

—Ella presidirá la pequeña fiesta que seguirá a la comida. Después se marchará. Y, aparte de su amo y de los eunucos, ningún hombre la verá jamás... Pero, ¡por Dios!, ¿cómo se ha puesto el señor tan pálido?

Sólo Vladimir devoraba los manjares, que, por cierto, eran suculentos. Varios *kachefs* (oficiales subalternos) vigilaban para que todos fueran servidos abundantemente. Además de los asados había aves casi grasientas, cosa rara en Turquía; entremeses, frutas en conserva, dulces y pasteles servidos en maravillosas cristalerías y toda clase de cremas... La Candeur, que apenas tocaba nada, daba lástima. Parecía tender el oído atento a un viejo músico, también poeta y hechicero de su tribu, que ento-

naba canciones en las tres lenguas de los abdurrahmauli: el kurdo, el turco y el persa. Era ciego, como Homero, y llevaba en la mano un instrumento compuesto de tres cuerdas de metal tensas sobre una placa. La lira de aquellos ministriles ambulantes que fueron padres de la poesía, no debió ser más complicada ni más armoniosa.

Pero bien pronto calló el cantor, porque se llevaban todos los platos argénteos, y una levantada cortina dejaba pasar a los flautistas, los cuales hicieron resonar en el aire los primeros compases del canto del *Dolor de Feridun*, extrañamente suave y melancólico. Tras los flautistas entraron el *binbaschi* o comandante de la fortaleza, con un destacamento de caballeros blancos, con negra faja, que llevaban delante sus lanzas con flecos y borlas. Seguía una muchedumbre de servidores y de esclavos, cafeteros, encargados de las pipas, botilleros o *scher betisz*, pasteleros, bañeros, sastres, barberos, ujieres, *ioglans* o pajes del bajá. Esos individuos eran nombrados por Priski a medida que desfilaban e iban a formar en el fondo de la estancia. Además había dos bufones que se entregaban a grotescas pantomimas, dos portadores de linternas mágicas y un imán.

Siguieron, tras otro destacamento de caballeros con faja negra, dos enormes y flácidas matronas con el rostro cubierto que llevaban de la mano a una joven de cuerpo esbelto vestido de muselina, y cuya cabeza era imposible ver, porque estaba envuelta en los repliegues de un inmenso velo blanco.

Detrás de aquellas mujeres aparecieron otras que no iban veladas. Eran las esclavas y las danzarinas dispuestas para la fiesta.

En la mano llevaban instrumentos de cuerda, como el salterio de cuerdas metálicas, el *daire* (pandero adorna-

nado con hojas de latón), el *sinckman* o viola de amor, originaria de Italia. Un eunuco entró un arpa.

La joven de la cabeza velada, al llegar frente a Kara-Selim, se inclinó profundamente; pero su amo se levantó y, tomándola de manos de las matronas, la sentó a su lado.

¿Qué decir de los sentimientos de Rouletabille cuando vió pasar a corta distancia a aquella mujer que sabía que era Ivana? Se había colocado delante del diván para que ella le viese más fácilmente, para que supiera que no la había abandonado. ¡Qué imprudencial No en balde, Rouletabille, nuevo en lides de amor, ignoraba cómo se domina la agitación del alma. Si Kara-Selim hubiera sorprendido en aquel momento el esplendor de su mirada, la fiebre que en ella ardía, hubiérase enterado de las causas que, en víspera de sus bodas, habían hecho llegar al joven viajero.

Pero Kara-Selim atendía a la ceremonia.

Al son de los flautistas había sucedido una canción lenta, extrañamente modulada: la melodía, casi aguda en las primeras sílabas de los versos, descendía mediante transmisiones insensibles y terminaba en un largo punto de órgano, como antaño la música de *Orfeo* y de *Safó*.

La letra pertenecía a una antigua canción popular de Anatolia, a una vieja lamentación turca que Priski traducía a media voz:

«Viene la primavera; se va la muchacha al campo; en su pecho canta un pájaro prisionero. ¿Dónde estás, amado mío? ¿En Egipto o en Bagdad? He cogido una azalea cuando salía el sol...»

La voz, poco a poco, se debilitaba. Y de pronto se apagó.

Mientras la voz moría así, las dos matronas, detrás de

su ama, le quitaban sus largos velos. De pronto, Kara-Selim se levantó y le quitó el último, el que le ocultaba el rostro. Entonces todo el mundo pudo contemplar a vana, mientras el bajá negro proclamaba que aquella hija de *gioaur* era su presa y su bien, y que de ella haría al día siguiente su *kadina* favorita.

Pronto sonó un gran rumor de música y de panderos y las danzas comenzaron. Ello favoreció en gran manera a los tres reporters, cuyas sordas exclamaciones se perdieron en medio de la baránda. Hubo danzas de almeas y asombrosas danzas del vientre en que se distinguieron varias esclavas animadas por los aplausos y los gritos de los espectadores.

Pero quien obtuvo el éxito mayor fué una esclava rusa.

Se puso en medio del salón con los brazos coquetamente apoyados en las caderas y danzó «la cosaca», acompañándose ella misma con extrañas canciones llenas de un ímpetu infantil y salvaje. Tan pronto estaba casi sentada en tierra y despedía los pies al igual que una cosa molesta, como saltaba y giraba sobre ella misma en el aire. Por fin se detuvo con los brazos cruzados sobre el pecho y movió lentamente la cabeza. Luego se la cogió con las manos como si fuera a arrancársela y gritó como grita el águila cuando se dirige hacia el sol...

Pero Rouletabille, como puede suponerse, no tenía un gran interés por la fiesta. Sólo tenía ojos para Ivana Vilitchkov, la cautiva de aquel grandísimo bandido que con tanto cinismo e insolencia pregonaba su rara felicidad.

¡Vaya una pareja bella y armoniosa la que harían los dos!... Ella, completamente blanca; él, completamente negro...

Por cierto que Ivana estaba serena, con ojos apacibles en el rostro muy pálido.

Rouletabille no podía leer en aquella fisonomía inmóvil ninguna huella de combate.

Por lo visto había aceptado en seguida ser su mujer de la misma manera que se había sometido a sus raptos y les había seguido: sin gritos, sin desesperación, sin llamadas de auxilio, casi de su grado, como el propio Rouletabille había dicho a Atanasio...

El periodista, luego de las últimas confidencias de Ivana, conocía demasiado a ésta para no haber descubierto, a las primeras de cambio, la razón de una conducta tan inesperada.

No eran Gaulow y sus compañeros los seguidos buenamente por Ivana... ¡Eran los documentos!

Ella no viviría más que para recobrarlos o destruirlos. Y para ella no existía nada fuera de eso, por lo cual estaba dispuesta a sacrificar su propia existencia.

¡Oh! ¡Con qué grito de dolor y de rabia había anunciado a Rouletabille el formidable robo! ¡Con qué sobrehumana autoridad le había despedido para que corriese a enterar a Stanislawof de que los planos de movilización habían sido robados!

Además—pensaba y había pensado siempre Rouletabille—, ¡con qué satisfacción habría visto volver a los bandidos que se la llevaban con ella y con los documentos robados!... ¿Para qué iba a forcejear? ¿Para qué iba a gritar?... Los documentos no estaban en el auto que se la llevaba; pero ¿acaso no la conducían al misterioso refugio donde indudablemente estaría más cerca de ellos?... Seguramente toda su conducta había sido dictada por esta idea fija: ¡acercarse al cofrecillo bizantino! ¡verlo, tocarlo! ¡recobrar los documentos!

Y si esta noche estaba sentada con tanta tranquilidad junto a Kara-Selim, ¡era porque así lo determinaba el cofrecillo bizantino!

A Rouletabille no le cabía la menor duda.

No necesitaba hablar con ella ni tan siquiera que ella volviese los ojos hacia él para leer en sus ojos que solamente estaba preocupada por aquella idea.

Y si mañana aceptaba ser Ivana Hanoum, princesa kádina de Kara Selim, sería por la misma exigencia... En el altar de la patria lo sacrificaba todo: ¡su religión, su honor y hasta su amor, quizá!...

Rouletabille se exaltaba pensando acerca de una tan elevada idea; sentíase fuerte, muy fuerte, tanto en lo moral como en lo físico, fuerte a causa del horror que significaba aproximarse a semejante destino... ¡Y se notaba con capacidad para vencer en una noche!...

Porque, en efecto, sólo le quedaba una noche, ¡una sola noche!... Al día siguiente ¡sería tarde!... Al día siguiente ¡habría triunfado Gaulow!...

Miró su reloj. ¡Las diez! Hizo una señal a Priski.

Luego le dijo que tanto sus compañeros como él estaban extenuados y deseaban ir a descansar. Priski les dijo que nada se oponía a que se retirasen. Y les hizo salir a la inglesa. Rouletabille se volvió en el umbral del inmenso salón lleno de la humareda de perfumes y *chibuks* y del estrépito cada vez más frenético de la fiesta. ¡Oh, aquel segundo en que sus dos miradas se cruzaron! Sí: se encontraron, a pesar de la distancia, del humo, del ruido, de todo... El quedó galvanizado por aquel choque eléctrico... Y ella se habría llenado de una gran esperanza... ¡Se habían comprendido!... Sabían que podía contar el uno con el otro y que, si no triunfaban, no moriría uno solo...

El mayordomo condujo a los jóvenes al torreón por el mismo camino recorrido para venir. En los patios y en el deslunado había la gran juerga. También los soldados, a ejemplo de los oficiales, celebraban la fiesta. Y en torno de las hogueras bailaban bohemios con harapos rojos...

Cuando llegaron al patio circular del torreón, Priski les dió las buenas noches, luego de preguntarles a qué hora querían ser despertados y qué deseaban tomar para desayuno.

Ya iba a retirarse Priski, luego de cerrada por Rouletabille la puerta que comunicaba el patizuelo con el deslunado. Pero el repórter, abriéndola de nuevo, indicó al mayordomo que tenía algo por decirle.

CAPITULO X

EL TORREÓN

SEÑOR mayordomo!—exclamó Rouletabille—. Antes nos ha dicho que en el castillo éramos libres, ¿verdad?

—Sí, señor. Absolutamente libres para ir y venir...

—De manera—siguió Rouletabille—que si de pronto se nos antoja salir del torreón, ese gigante albanés que hay al otro lado de la puerta no tendrá por qué meterse con nosotros, ¿eh?

—¡Perdone el señor, perdone!... ¡Precisamente está ahí para impedir que salgan!... Compréndame... Los señores tienen libertad para ir y venir por el castillo de día; pero de noche, luego del toque de queda, manda la consigna general que cada uno permanezca en el lugar que se le haya señalado. Los señores no tienen ningún motivo poderoso para salir del torreón de noche...

—¡El caso es que esa consigna restringe en gran manera nuestra libertad!... Y ¿qué pasaría si, de todos modos, quisiéramos salir?... ¿Puede decírnoslo?

—¡Claro!... El albanés les pasaría por las armas, luego de haber llamado en su auxilio a la guardia... Pero se

trata de una hipótesis, en la que ni tan siquiera hay que pensar.

Apenas había pronunciado Priski aquellas palabras, cuando sintióse brutalmente derribado por Rouletabille, el cual le había cogido traídoramente por detrás.

A continuación, el repórter, ayudado por Vladimir, amordazó con un pañuelo al mayordomo, quien, por lo demás, no intentaba gritar ni oponer ninguna resistencia a la inesperada agresión.

—¡Llévatelo!—ordenó Rouletabille a La Candeur, que había presenciado la escena sin mezclarse a ella y sin comprenderla.

Sin embargo, La Candeur hizo lo que le mandaba su jefe. Se inclinó y se llevó en brazos, como una pluma, al pobre de Priski.

—¿Dónde hay que dejarlo?

—En tu cuarto... Y no me vengas con cuentos. Te he traído para que sirvieras de algo...

Penetraron en la cámara de los guardias. Rouletabille encendió una bujía y se metieron por la escalerilla. La Candeur continuaba llevando al mayordomo. Cuando llegaron al cuarto de La Candeur, Rouletabille hizo tender a Priski sobre la cama y dijo a los otros dos reporters:

—Os confío su custodia. Me respondéis de él con vuestras cabezas. ¡Hasta luego!—Y les dejó.

Bajó al patio del torreón, le dió la vuelta y se encontró frente al techado donde habían sido acomodados los animales por Modesto y Tondor, que dormían profundamente sobre un montón de paja. Atanasio velaba. Al acercarse Rouletabille, se levantó y dijo:

—Le esperaba. Hay novedades. He visto el cuarto de Ivana.

—Y yo—dijo Rouletabille—he visto a Ivana. ¡Vengal! Al mismo tiempo dió en los hombros a los muleros y les ordenó que se levantaran. A Modesto tuvo que sacudirle con fuerza para que no volviera a dormirse. Y ordenó a los criados que envolvieran con trapos los cascos de las caballerías. El mismo les ayudó.

—¡Metedles el hocico en sacos de avena! Así no relincharán.

Como lo mandó se hizo. Finalmente, hizo cargar sobre los animales todo el equipaje.

—¿Dónde está el cajón de las conservas M. H.?—preguntó—. ¿Y el de los «desayunos del ciclista»?

—Los han llevado al cuarto de ustedes—explicó Modesto...

—Bueno. ¡En marcha! Nada de ruido, ¿eh? ¡A callar!

—¿Cree usted que llegaremos muy lejos así?—preguntó Atanasio.

—Mire... ¡Déjeme hacer!... Yo respondo de todo... O triunfamos, o no escapa ni uno de nosotros...

—¡Así lo creo!—replicó el feroz Atanasio.

Hicieron dar a los caballos y a las mulas la vuelta al torreón. La camisa que rodeaba casi por completo a la torre era un muro que tenía lo menos ocho metros de altura. A pesar de la luna, que iluminaba en parte el camino de ronda, no se podía ver a los expedicionarios desde ninguna parte del castillo, ni aun desde las torres más cercanas.

Así llegaron al pequeño puente levadizo que daba acceso a la sala de los guardias.

Aquel puentecillo ya hacía tiempo que no era levantado por cadenas, sino que estaba permanente.

Rouletabille repitió:

—Sobre todo, ¡nada de ruidos!

Cogió de las bridas a su jumento y lo atrajo hacia el puente. Los animales pusieron algunas dificultades para pasar el foso, por lo cual Rouletabille se felicitó de haber amortiguado, mediante los trapos, el ruido de los cascacos sobre la madera del puente.

Cuando toda la caravana hubo entrado en la sala de los guardias, Rouletabille rogó a Atanasio que fuera al segundo piso para oír lo que hacían los alemanes mientras él registraba el equipaje.

Atanasio, cuando bajó, dijo:

—¡Roncan!

Rouletabille había abierto una pesada caja de hierro, en la que se encontraban las municiones. De allí sacó un objeto oblongo, redondo, rodeado de una mecha, y se lo metió en un bolsillo. De un saco extrajo dos largas cuerdas, terminadas en un gancho. Dió una a Atanasio, rogándole que se la atara alrededor de la cintura, como él mismo hacía, de manera que pudiesen conservar la libertad de sus brazos.

Una vez hecho eso, se fué al puentecillo del torreón, llegó al extremo, por la parte del patizuelo circular, se inclinó y metió entre una piedra y la parte inferior del puente aquel objeto de que iba provisto. Al volver desarrolló, siempre bajo el puente, la mecha, cuya extremidad fijó cerca de la poterna. La luna le iluminaba.

—¿Dinamita?—preguntó Atanasio.

—Sí, dinamita.

—Oiga—dijo Atanasio—. Quisiera enterarme bien.

—En seguida.

—Yo también quisiera enterarme—se aventuró a decir Modesto, que por casualidad no dormía—. Y mi amigo Toudor también quisiera enterarse...

—¿De qué?

—De cuándo podremos salir de aquí.

—¡Ay, amigo mío! No sé qué decir... Lo que les advierto es que en este momento procuro arreglármelas para quedarme el mayor tiempo posible. Sin duda habrán comprendido que hemos caído en manos de una banda que no abriga respecto a nosotros excelentes intenciones. Por eso procuraremos resistir algunos días, esperando auxilio.

—¡Eso es una locura!—declaró brutalmente Atanasio.

—Eso no es posible—exclamó Modesto—. Es que... ¿vamos a batirnos?

—Así parece.

—Cuando se lucha—dijo Modesto—, se hace ruido.

—¡Ya! Y el hacer ruido es muy desagradable para los que tienen sueño. ¿Verdad, Modesto?

Cuando Rouletabille se levantó e hizo ademán de correr los grandes cerrojos que cerraban interiormente la porterna de la sala de los guardias, Atanasio le detuvo.

—Hace mal, caballero—dijo al periodista—, cerrando tan herméticamente esta puerta, porque le anuncio que no tengo el menor propósito de encerrarme aquí con usted.

—Bueno—contestó el repórter—, entonces ¡váyase!

—¿Por dónde?—preguntó Atanasio.

—¡Por aquí!

E hizo una señal a Atanasio para que le siguiera.

Rouletabille, seguido del búlgaro y dejando allí a Toudor y a Modesto con la consigna de que no se moviera bajo ningún pretexto, subió muy prestamente la estrecha escalera de caracol, sin detenerse en el primer piso, donde, al pasar, oyeron las voces de La Condeur y Vladimir, que disputaban; tampoco en el segundo piso prestaron una gran atención a los sonoros ronquidos de la familia hamburguesa.

No pararon hasta llegar a la plataforma.

Una vez allí, Rouletabille se volvió y musitó a Atanasio:

—¡De rodillas!

En efecto; si en aquella altura, bajo la luz de la luna, hubieran estado de pie, hubiesen podido ser vistos por algún centinela del castillo. Andando a gatas dieron la vuelta a la torre, y finalmente se ocultaron entre dos almenas, a la parte del campo.

—¿Ve?—dijo Rouletabille—. La parte trasera del torreón, por donde se une a la «camisa», va directamente al campo.

Atanasio se inclinó y se levantó en seguida:

—¿Al campo? ¡A un precipicio!

Realmente, tenía razón. La torre parecía prolongación de la roca, tallada en la roca misma. Pero ningún rumor de agua, ningún fragor de torrente subía del lejano fondo, que se perdía en la sombra.

La corriente de agua rugidora que los jóvenes habían oído al llegar a la *Karakulé*, fluía a la parte Oeste del castillo; al Este, la *Karakulé* no estaba protegida más que por el espacio, su elevación y el vértigo.

—¡Por ahí se ha de marchar!—murmuró Rouletabille a Atanasio.

—¡Está muy alto!—contestó fríamente Atanasio.

—¿Le parece muy alto?—preguntó el repórter.

—¡Nunca hay nada muy alto para mí!—replicó el irascible búlgaro—. Pero eso resulta muy alto incluso para nuestras dos cuerdas juntas.

—Pues las prolongaremos con tiras de tela trenzadas. Vamos a hacer trabajar a Modesto y a Toudor. Pero ¿qué es eso?—dijo de pronto el repórter mirando un punto de la plataforma que hasta entonces había es-

tado en la sombra y que la luna acababa de iluminar.

Era un confuso bulto acurrucado, con una especie de brazos amenazadores tendidos hacia los dos compañeros. Rouletabille se llegó hasta aquella cosa, la examinó, la palpó, la hizo chirriar ligeramente. Luego volvió junto a Atanasio.

—¡Qué suerte tiene usted!—le dijo—. Es una cabria que antes serviría para subir directamente provisiones del campo al torreón. Sólo le falta una jarcia y una barquilla. Se las pondremos. Entonces bastará con que usted se ate. Y podrá bajar muy fácilmente sin que nadie se dé cuenta y antes de que se dé ninguna alarma en el castillo y sus alrededores.

—¿Cuándo prevé que podremos salir de aquí?—preguntó Atanasio.

—¿Cómo podremos?... Yo me quedo, querido amigo.

—Le repito que eso es una locura. Además, si usted se queda, ¿por qué quiere que me vaya? ¡Ya sabe que no me iré más que con Ivana y, si Dios quiere, con los documentos!

Rouletabille se irguió cuanto era posible entre las dos almenas, y, señalando a su interlocutor las hogueras que acá y acullá se habían encendido en la cumbre de los montes y en el valle, le dijo:

—¡Atanasio, no sea terco! Haga, para bien de todos, lo que voy a decirle. ¿Ve esas hogueras? Son otros tantos ojos abiertos en la noche para vigilar el dominio del bajá negro.

«Ya sabe usted que todos los caminos de esta parte del Estrandje Dagh le pertenecen, y usted mismo me ha dicho que están tan bien guardados, que ningún extranjero perdido o caído en la gran tela de araña, cuyo centro es el Castillo Negro, podría escapar al monstruo que

lo habita. Para salir de los dominios de Gaulow, para escapar con Ivana de sus redes, se necesitan, cuando menos, dos días; pero antes de dos horas serían cogidos Ivana y usted. En cuanto a partir todos juntos, no podemos, dado lo que nos queda por hacer y que todo salga bien, esperar un intento de huida antes del amanecer. Pronto nos darían alcance. Y seríamos incapaces de defendernos.

«¡Únicamente usted, yendo solo, puede pasar! ¡Y pasará! Puede darse como un hecho. A usted no le conocen. Es usted un mulillero *pomak* cualquiera que no despertará desconfianza alguna. Basta con que haga lo que hasta ahora. Pero es preciso que vaya solo, ¿eh?... Si le hablo tanto en este momento en que los minutos nos son tan preciosos...

—¡La fiesta—interrumpió Atanasio—no terminará antes de media noche! Y no podremos hacer nada antes de que devuelvan a Ivana a su aposento.

—Ya lo sé, Khetew; pero no por eso valeré menos los minutos. Así es que oiga lo que voy a decirle: no triunfaremos si al irnos de esta terraza no nos estrechamos la mano. Continúo. Es imposible que Ivana le siga, y, por otra parte, es necesario que sea salvada dentro de pocas horas. Por lo tanto, la traeremos aquí; y aquí, en este torreón, la defenderemos, esperando el socorro que usted vaya a buscar.

—¿Qué socorro? ¡Llegaré demasiado tarde!

—Quizá no... ¿Por qué? De todas maneras, no podemos hacer otra cosa. Resistiremos, sí, resistiremos por que esa gentuza no posee ni un cañón; estos muros son formidables y tenemos buenas provisiones de guerra y boca. ¡Resistiremos hasta que usted venga, y, si no viene, sucumbiremos!

—Prefiero quedarme aquí, compartiendo la suerte de Ivana. Están ustedes perdidos de antemano... ¿Con qué socorro pueden contar verdaderamente?

La fina silueta de Rouletabille volvió a erguirse entre las antiguas almenas que dominaban el país de llanuras y de montañas. Apoyó sus manos en los hombros de Atanasio, y mostrándole la lejana muralla, que iluminada por los reflejos de la luna cerraba el horizonte, le dijo:

—¡Atanasio Khetew! Detrás de ese obstáculo natural, tan impenetrable que ninguno de los enemigos de ustedes ha podido suponer que un general tendría la audacia o la locura de hacer que sus ejércitos lo pasaran; detrás de esas montañas, repito, espera todo un pueblo vencido en el misterio increíble de una segunda movilización... ¿qué espera? Le espera a usted, Atanasio Khetew. Espere a que usted vaya a decir: «¡No saben nada, no recelan nada!... ¡Venid!...» Cuando usted vaya a decirles eso, le seguirán los ejércitos, se pondrán en marcha detrás de usted. ¿Ve esos desfiladeros, esas gargantas oscuras, esos sombríos valles de rocas, ese terrible imperio de Gaulow?... Todo eso se estremecerá, retumbará, se iluminará con millares de bayonetas... ¿no habrá algunas para salvar a Ivana?

Atanasio, al oír aquellas palabras de fuego que le quemaban tanto más cuanto el tono con que eran dichas resultaba más contenido, más apagado, más sordo, y el calor que las animaba más concentrado, se acercó a Rouletabille y... sucedió lo que el repórter había previsto. Le cogió la mano y le dijo:

—¿Cuándo podré marcharme? ¿Cuándo podré tener la seguridad de eso? ¿Cuándo sabremos a qué atenernos respecto a la suerte de los documentos?... Quiero saber

si he de irme con ellos a vencer o si he de quedarme para morir.

—Eso lo sabremos esta misma noche, o, a más tardar, mañana—contestó Rouletabille.

Y estrechándole la mano con premeditada energía, preguntóle:

—¿Estamos de acuerdo?

—¡De acuerdo!

—Entonces llevamos mucho adelantado para salvarnos—dijo el repórter—. Cuando vaya con las tropas hacia Kirk-Kilissé y pase por aquí, no se olvide de nosotros.

El búlgaro le miró un momento de manera muy extraña, y luego dijo espaciadamente y con voz sorda:

—Habré cumplido ya mi deber para con mi patria. Por tanto, ya lo sabe usted, no tendré que pensar más que en Ivana.

Rouletabille levantó la cabeza como para recoger el desafío, pero pensó inmediatamente que aún no había llegado el momento de una explicación definitiva entre ellos respecto a Ivana. Lo mismo pensaría Atanasio, ya que no insistió. Se encontraban ambos exactamente en la misma situación de los países balcánicos: aliados para libertar una tierna cautiva ardientemente deseada por todos y que en secreto se prometían disputar con encarnizamiento después de la común victoria.

—¡Bajemos!—dijo Rouletabille—. ¡Ha llegado la hora de obrar!

CAPÍTULO XI

LAS MAZMORRAS DEL CASTILLO NEGRO

CUANDO Rouletabille y Atanasio entraron en la cámara donde el bueno de Priski estaba todavía tendido, atado y amordazado sobre la cama de La Candeur, éste y Vladimir parecían muy ocupados: el primero mirando su reloj (porque, según decía, se le hacía el tiempo largo) y el segundo descifrando un mapa del vilayeto de Andrinópolis, sobre la cual, según afirmaba, estudiaba el plan de las futuras operaciones. Rouletabille miró a ambos con severidad, porque recelaba que mentaban. Pero aquella noche tenía algún quehacer aparte de escrutar el misterio de aquellos embustes. Y se fué directamente a Priski, a quien quitó ataduras y mordaza.

Atanasio, ignorante de que el mayordomo era prisionero de ellos, se alegró mucho del acontecimiento y dignóse felicitar a Rouletabille por haberse apoderado de un sujeto que no dejaría de serles útil.

A continuación Priski agitó la cabeza y tomó la palabra para decir:

—Celebro mucho, caballeros, que me hayan desembarazado de esa mordaza, no porque me ahogaba, sino